

NO ES SÓLO LA PROCESIÓN

A medida que transcurren los años, la desilusión se va apoderando de ti y acaba, en muchos casos, vencéndote. Las Cofradías, o mejor dicho, la vida dentro de ellas, no responden al espíritu fundacional, que no es otro que aquel que une a un grupo de cristianos para realizar labores caritativas de cualquier índole y que oran juntos ante Dios. Hoy en día a los cofrades, a la inmensa mayoría de ellos, sólo les interesa la hermandad en las fechas en las que estatutariamente tiene obligación de salir corporativamente a manifestar su fe en Jesucristo. El resto del año, se olvidan deliberadamente de ella. Esto es un fenómeno común, por desgracia, en todas ellas. Pero también una traición al verdadero espíritu que las creó y las consideró asociaciones válidas para vivir la fraternidad cristiana. No hay ninguna que se escape a esta demoledora realidad de nuestros días.

Quienes trabajan aún en ellas, uno pocos, comparados con las interminables listas de cofrades que comienzan a cobrar vida a medida que se acerca el inicio de la cuaresma, en el caso de las cofradías de pasión, aún tienen la esperanza de vislumbrar un haz de luz al fondo del túnel donde se hallan inmersas. Ya no sueñan con recuperar épocas del esplendor de antaño. Sólo aspiran a atraer, aunque sólo sean unos pocos, cada vez son menos, a las filas de los ya exiguos colaboradores que permanecen activos aún, algún nuevo miembro, sea de la edad que sea, con el ímpetu suficiente para conseguir mantener las actuales expectativas.

Sabemos que es nuestra sociedad mayoritariamente laica la que arrastra a quienes no sienten, ni han sentido, la cercanía de Dios. Aquellos que “no les suceden nada”, que “no siente inquietud” si durante una temporada más o menos larga dejan de asistir a la iglesia. Y así, a nadie parece importarle demasiado si no se acude a los cultos organizados por su cofradía. No pasa nada. Es más, parece como si éstos se celebraran sólo para las personas mayores, cada día más escasas, que acuden asiduamente al templo. A los más jóvenes les basta con dedicarle a Dios esos míseros treinta minutos a la semana para sentirnos cumplidores, no con la Iglesia, sino con Cristo. Incluso nos gusta racanearle algunos minutos. ¡Cómo fruncimos el ceño cuando el cura se pasa del horario establecido! ¡treinta minutos, no más! Exigimos.

Le admiramos, admiramos su amor hacia nosotros y creemos que esto basta, pero no es así. Él merece una respuesta que no puede ser otra que reconocimiento y amor íntegro. No reparamos que nos exigió para seguirle, que nuestro comportamiento se tiene que acomodar a lo que Él hizo. Y a eso no estamos tan dispuestos, por tanto, le admiramos por su infinita bondad, pero no le seguimos, porque nos parece que nos pide demasiado.

A un costalero no le hace falta más que sentir el peso que le corresponde del paso para “llenarse de Dios” durante todo un año. ¡Ya, no necesita más! ¿Para qué acudir a misa, para que asistir a los cultos de tu hermandad? ¿Para qué, conocer el sentido profundo de las palabras de Jesús? Nos basta con reconocerle como “un hombre bueno”, por todo aquello que nos dijeron de niños.

Al nazareno le gusta vestir el traje de estatutos. Caminar bajo el antifaz llevando un cirio que en la mayoría de los casos, desconoce su sentido, su significado. ¿Qué importa que se levanten altares con las imágenes que “dicen que veneran”, si no las ven y por tanto, no les sirven para la oración? ¿Para qué romper el confort del sillón para

acudir a las largas celebraciones de cuaresma que nos reúnen a todos junto a nuestro Señor?

¿Podemos comparar el sentir vivido por quienes tocan en nuestras bandas excelentes notas con la emoción íntima del encuentro con Jesús Sacramentado? ¿Cómo podemos siquiera pensar que la celebración eucarística es más, puede llenar más, que tocar frente al altar de las Sagradas Imágenes?

Y si a todo este panorama añadimos que nuestras queridas hermandades están sufriendo el acoso de personas que lejos de ayudar, arrimar el hombro para que ésta gran obra que nos legaron nuestros padres, no se hunda irremediablemente, la despojan de lo poco que le queda, creando división, enfrentamientos, desconfianzas, malquerencias entre sus miembros, aprovechándose de ellas, en definitiva, para exhibirse ante los demás, podemos decir que hemos expuesto la lamentable realidad de la vida de nuestras Cofradías que, si Dios no lo remedia, con la frialdad y desidia de la mayoría de los cofrades, junto a la mezquina ignorancia de unos pocos y la insidia de los menos que pretenden escalar puestos podremos en breve plazo acabar definitivamente con ellas. ¿Queréis que suceda?

María del Rosario de la Chica Moreno